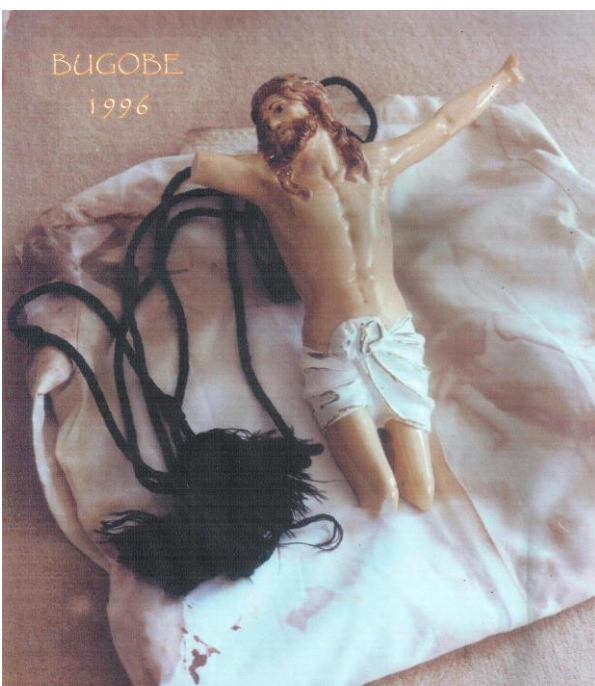


## LOS CUATRO MÁRTIRES DE BUGOBE

# El Cristo roto que da sentido



La noticia de la muerte violenta de los cuatro hermanos de Bugobe conmocionó al mundo marista y a buena parte de la sociedad española. Cuando ya parecía que el frenesí mediático de los primeros días iba amainando, un nuevo acontecimiento vino a reavivar el fuego de los sentimientos más íntimos. Recibí la llamada telefónica de unas religiosas: *“Hay una Hermana que acaba de llegar del Congo y ha traído algo para vosotros”*.



Me encaminé rápidamente hacia el lugar que me habían indicado. Es imborrable el recuerdo de la religiosa ofreciéndome una bolsa de lona roja: *“Nos dejaron salir sólo con una bolsa de mano - me comentó -, así que metí algunos objetos personales y esto, que pensé que os interesaría”*. Y de la bolsa extrajo la conocida imagen del Cristo de Bugobe, del Cristo roto. Una sencilla imagen de marmolina a la que le faltaban una mano y un brazo, y cuyas dos piernas estaban rotas a la altura de la rodilla.

Durante muchos días había guardado una sangre fría que no sé todavía cómo explicar. Había sacado fuerzas para sobreponerme a las emociones fuertes que estaba viviendo, pero aquella tarde, en aquel sencillo recibidor, delante del Cristo, me derrumbé. Me senté en uno de los sillones y lloré; lloré abundantemente porque aquel Cristo no hablaba, ¡gritaba! Era la imagen que presidía el oratorio de los maristas asesinados, era el testigo de sus diálogos, de sus decisiones, de su martirio. Y aquel Cristo con sus cuatro extremidades quebradas me hablaba con fuerza de quienes habían sido sus manos y sus piernas en el trabajo diario con los refugiados...

No sé el tiempo que pasé así; las religiosas que me habían dejado solo, en un silencio respetuoso, volvieron a ofrecerme su cariño. Me despedí para volver a casa con esa bolsa roja. Sentí como si llevara el mayor tesoro del mundo.

Llegué a la comunidad en el momento en que los hermanos se reunían en la capilla para la oración de la tarde. Coloqué la imagen del Cristo en el centro del oratorio, sobre un tapete. No hubo necesidad de más, ni cantos ni salmos, para sentir cercana, muy cercana, la presencia de Dios y de nuestros cuatro Hermanos.

Creo que en este Cristo de Bugobe está el secreto para entender la vida y el martirio de Miguel Ángel, Servando, Julio y Fernando. Sin esta dimensión todo resulta tremendamente absurdo.

En 2015, nueve años después del martirio, la Sante Sede publicó el documento *“Identidad y misión del religioso hermano”*. El nº 33 parece estar evocando a los hermanos de Bugobe. Y lo que dice de los religiosos hermanos es totalmente válido para cualquiera que tenga un corazón de marista de Champagnat:



*¿Para quién, o de quién, nos hacemos hermanos? La respuesta es clara: preferentemente, aquellos que más necesitan nuestra solidaridad...*

*Contemplemos los iconos que transmiten hoy la voz del Espíritu: rostros de hermanos que en tiempos recientes han dado su vida, incluso hasta el martirio, en lugares de conflicto social o religioso; y también rostros de niños, jóvenes, adultos y ancianos que hoy viven dignamente gracias al apoyo y a la presencia cercana de los religiosos hermanos.*

*Hay muchos más rostros, que esperan aún que un buen samaritano se acerque a ellos para hacerse hermano suyo y darles vida. Con sus miradas reclaman al hermano los dones que él ha recibido y cuyos últimos destinatarios son ellos. Están invitando a los religiosos hermanos hoy, sea cual sea su edad, a componer un relato de gracia viviendo la pasión por Cristo y por la humanidad. Lo que de verdad debe preocuparnos es el deseo de dar la vida, de enterrarse como el grano de trigo, sabiendo que Dios hará que produzca el ciento por uno en la forma que Él juzgue oportuno.*